

// Reseñas //



*Por una teoría desde la novela  
experimental argentina hasta 1980*

Jorge Bracamonte

Editorial Universidad Nacional de Córdoba

2021

**Escrituras desacomodadas, esculpidas en una arquitectura  
singular, abiertas  
hacia otra dimensión de los sentidos**

**Liliana Massara<sup>1</sup>**

“Buscar la novela en la realidad y no la realidad en la  
novela”

Ricardo Piglia

Como en todo acto de cultura, hay un propósito. Aquí, Jorge Bracamonte teoriza alrededor de las problemáticas de la novela experimental, de ruptura, de vanguardia, realizando un recorrido a través de una selección de obras, de autores de la literatura argentina, retrocediendo su mirada a décadas de grandes cambios en el siglo XX, a partir de los '40, de los '60 hasta 1980, como bien refiere en el título de su libro. En su investigación busca reconsiderar diversas formas de tratar el género de la novela, entre dos columnas fuertemente

---

<sup>1</sup> Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán; investigadora en el Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparadas (IILAC) de la Facultad de Filosofía y Letras (UNT). E-mail: elemme13@gmail.com

arraigadas en las expresiones culturales: lo histórico y lo subjetivo; “dos horizontes inapelables”.

El texto, organizado en apartados con capítulos, permite acceder a una organización y sistematización según sus teorizaciones y reflexiones. En principio, retoma a Luckás de modo acotado, pero se detiene en ciertos aspectos de la obra bajtiniana, destacando la perspectiva dialógica como una importante diferencia entre ambos, para refractar las tensiones sociales, enmarcadas por la carnavalización y el complejo mundo de voces, consideradas parte insustituible de lo social. Incluye a Kristeva, cuando en 1966, luego de leer a Bajtín, entiende a la novela como transformadora de los usos del lenguaje. A partir de aquí, Bracamonte va a hacer su anclaje en la novela vanguardista, sugiriendo como hipótesis de su investigación que la novela de ruptura y experimental debe pensarse como un plurigénero.

Hace un recorrido teórico para mapear lo que será “la nueva novela”: Grillet, Genette, Kristeva. Cierra este apartado con una cita de Robbe Grillet, de reflexión muy acertada para sostener estos estudios: “cada nuevo libro tiende a constituir sus leyes de funcionamiento, al mismo tiempo que a producir su destrucción” (44).

Más adelante, filtra las observaciones de Umberto Eco en *Obra abierta* (1962), y en este andar aparece Gilles Deleuze. Se puede observar que se apela a pensadores franceses y que se potencian sus teorías para hacer su aterrizaje en los campos de la vanguardia.

En el capítulo segundo de la primera parte, se abre hacia las lecturas piglianas de autores y textos extranjeros, y al estado de la novela argentina a partir de los '60, desde los aportes de *Las tres vanguardias. Saer, Puig y Walsh* (2016), considerando que para comprender estas teorizaciones hay que remitirse al Boom, época de reflexiones sobre el género y sus articulaciones con lo político, para tratar de desentrañar si la novela debería referir la realidad o los procesos del trabajo con el lenguaje; si, comprometida con lo social o innovadora, rebelde, desobediente. Aflora el nombre de Jitrik para revisar el pasado de la literatura del continente. Relaciona a Jitrik / Piglia con las nociones de frontera y multilingüismo, centro del debate en América Latina, para engarzar luego a la figura de Macedonio Fernández y a su poética paradigmática, según Piglia, por su “irreverencia procedimental” en las formas de tratar y acceder al género de la novela, sosteniendo que es un escritor que anula la tradición. Bracamonte admite estos conceptos para pensarlo después al género en sus proyecciones a las “pluriformas” o “plurigéneros”. Un análisis que le permite

observar y relacionar el adentro de la Argentina literaria con el afuera, América Latina, mediante prácticas de interacción, diálogo, para dar luz a las contaminaciones entre los diferentes sistemas literarios, según áreas culturales y sus diversas lenguas.

En la segunda parte llegan los avances “desobedientes” del “Recienvenido”; Macedonio y su importancia acerca de la metáfora en tanto teoría de la poesía, pero problematizando el lenguaje en relación con los otros géneros.

Así, el libro va armando y materializando una geografía literaria donde escritores y escrituras se van particularizando, individualizando, alrededor de lo que serán las vanguardias, mediante un cruce de redes entre ellos (y con la crítica de esos momentos) para discernir sobre en qué terrenos se unen y en qué otros se separan. En simultáneo, Bracamonte va armando series literarias para luego definir; apela a Joyce, Faulkner, Dostoievski, conectándolos a autores argentinos como Tizón en *Fuego en Casabindo* (1969), o, a un gran “mezclado” como Roberto Arlt que a pesar de ser realista, realiza innovaciones procedimentales, para plantear luego de qué modo se reformula el género, para lo cual, necesita ingresar por diferentes lugares, “mesetas” que posee el sistema literario y discernir entre lo que conforma la tradición y lo que produce las rupturas. Un caso es Filloy, quien ofrece horizontes “antirrealistas”; llega al exceso y a la “demasia” con el uso de la comicidad, por ejemplo. Bracamonte sintoniza su obra, teje redes, diseña el espacio literario para definir la posición filloyniana como una práctica heterodoxa, un “desobediente” en el uso de la lengua, pero de una apertura estética que tiene el mismo Oliveira en la obra de Cortázar. Una geografía literaria a la que se suma Marechal con su Adán, a partir de lo que Rama reconoce en él: escritor que refuncionaliza los modos de la cultura dominada/ dominante; sus estrategias para mezclar la cultura letrada y la popular; el juego con las subculturas, el humor, lo paródico de carácter polifónico, con la expansión de lenguajes y de lenguas; Marechal, visto como un heredero macedoniano, pero que no se aparta de lo mimético, aunque lo transforma. Se entiende y presenta a la novelística argentina como un “proceso de indagación” para llegar a lo experimental desde esas “mesetas” donde aportan Borges, Filloy, Marechal, Cortázar, entre otros; partes geográficas del terruño literario argentino que materializan las vanguardias en los ‘40 pero que se fortalecen hacia 1960, porque se manifiestan mucho antes, nos dice Bracamonte, mientras diseña un mapa múltiple; allí conviven movimientos y estéticas y relumbra la cuestión del realismo, ya no fácilmente

contextualizable, sino como una telaraña de estéticas, para, posteriormente, llegar al “antirrealismo”, que lo analizará en Macedonio, en Roger Plat, iniciándolo con Cortázar y su “conquista verbal de la realidad”, o sea, lo real, “eso” pensable, imaginable, que conduce a la expansión del lenguaje.

Remite a la obra de Cortázar, a los sobre-relieves de lo que enuncia y de lo poético, fusionados, pero quitando poder a todo abordaje racionalista, lo que implica romper con un lenguaje tradicional e incorporar los elementos del surrealismo; estrategias que irrumpen en obras como *Rayuela* (1963) y en *62 Modelo para armar* (1968), en busca de anular la linealidad temporal. Bracamonte muestra así, otro período de lo novedoso entre 1940 y 1960, hasta llegar a los conceptos “antirrealistas” entre 1965-1975 con una fuerte apuesta a la mixtura de lo experimental/realista; modelos cortazarianos que incidirán en lo que vendrá, aunque el carácter experimental en la novela tiene sus fogonazos previos dentro del sistema literario. El capítulo siguiente inicia con los “tiempos de desrealizar” de Borges, donde se rompen más a conciencia las convenciones, caso Plat con *Los Robinson* (1946) como ejemplo para explicar cómo se produce ese engranaje para “desrealizar”; una programática de mimesis con excesos de montajes y superposición de planos, y en donde convergen mundos diferentes, ciudad y orillas que coexisten con otros tiempos como los de la fundación de Buenos Aires.

En otra ruta, aborda el realismo subjetivo a través de la figura de Antonio Di Benedetto en *Zama* (1956); los experimentos con la novela histórica, con los puntos de vista, con las perspectivas narrativas múltiples, sumando las tramas del pensamiento filosófico en la narración donde se cruzan el absurdo, la angustia, el escepticismo, que deshojan los modos del realismo subjetivo de escritores como Dostoievski, Pirandello, construyendo desde “la opacidad” a los sujetos, sumando una heterodoxia formal, con el efecto paradójico de la desrealización de lo real; “novelas ontobiográficas” que aumentan los efectos de extrañeza con el uso de anacronismos, lo fantástico, lo alegórico, lo psicoanalítico, lo satírico, lo paródico que aportan a esa extrañeza narrativa de “lo nuevo”. Por otras vías diferentes a la tradición de la novela histórica, se mencionan novelas en la continuidad de grandes quiebres como de *Río de las congojas* (1981) de Libertad Demitrópulos y *El entenado* (1983) de Juan José Saer, pero Bracamonte se detiene a mostrar cómo Di Benedetto y Saer reformulan la mimesis, y la afinidad de poéticas entre ambos escritores a partir del escepticismo filosófico, y el muestrario de la profunda complejidad del sujeto.

En la tercera parte trabaja con el concepto de la “tecnificación narrativa” de Ángel Rama que es la fase de aperturas reflexivas para *Museo de la novela de la eterna* (1967) de Macedonio, considerándola un espacio “tecnificador” por excelencia, en la que “es la vida la que quiere entrarse a la novela” y no a la inversa, siendo un arte que rompe de raíz la cuestión de lo representacional/referencial, en el que sólo parece interesar la forma, y la imposibilidad de aprehender el “Objeto mundo”, para lo que se necesita un lector activísimo al que lo define Macedonio desde su “Lectorística”, para accionar en una novela que se define por su proceso y no por lo que quiere representar, una poética “epistemológica”, pluriforma, que puede ser un “correlato de un plurilingüismo sociocultural” destaca Bracamonte, presentándola como una estética de lo inconcluso, que irá relacionando a otras novelas pluriformas del campo literario de los '60 y '70, en donde retoma a Piglia y a sus tres vanguardias, abriéndose luego a otras espacialidades y temporalidades de diferentes zonas del país; novelas que exploran regiones geográficas argentinas, con sus tonos e idiomas, con su multiculturalismo, desde Saer con *Nadie, nunca, nada* (1980), Hugo Foguet en Tucumán con *Pretérito perfecto* (1981), y a Sara Gallardo con *Eisejuaz* (1971), como paradigmas de la novela experimental y transculturadora, y casos cercanos a lo antropológico como Héctor Tizón con *Fuego en Casabindo* (1969); una arqueología que disemina voces y oralidades que complejizan el espacio narrativo.

Otra ruta que toma Bracamonte pasa por el grupo de la *Revista Literal* donde la escritura continúa siendo el centro de la problemática. Aborda los años 1973 a 1977 y reflexiona acerca de cierto grupo de escritores como Osvaldo Lamborghini con *El fiord* (1969), Germán García con *Nanina* (1969), y Luis Guzmán con *El frasquito* (1973) a partir de una idea de que lo político e histórico también pasan por el inconsciente; donde se hace negación al compromiso sartreano; un grupo de escritores muy singular que son conscientes de su búsqueda de la extrañeza. Luego ingresa en la poética de Néstor Sánchez con *Siberia blues* (1966), autor que no confluye en *Literal*, pero que gira en torno de la poética macedoniana, en tanto búsqueda de lo singular, de lo que incomoda a la mimesis, de lo que la desacomoda.

Un mapa de escritores, algunos canónicos, otros, invisibilizados por el sistema, pero que apelan a las poéticas del extrañamiento, y que este libro va mostrando y demostrando en su andar por diferentes rutas espaciales y temporales; una “ajenidad” singular, fuera de toda

tradicción, con programas literarios totalmente opuestos a ella, cuestionando todas las convenciones literarias, tanto las canónicas como las comerciales.

Estas “pluriformas de la invención”, que cada autor adjudica a la novela, con procedimientos variados, sin embargo, se unen en el cuestionamiento a la poética mimética, a la que consideran agotada, desgastada, por lo que aclaman escrituras vistas en su proceso de materialización por el lenguaje, que “convocan a múltiples sentidos” nos advierte Jorge Bracamonte, al ir trazando un mapa teórico profundo y amplio que atraviesa rutas y territorios del país para demostrar a través del corpus seleccionado, cómo se constituye desde lo diverso el campo literario argentino, en el que en un mismo período conviven y se cuestionan poéticas para anclar en otras formas, para lo cual, con claridad teórica y conocimientos profundos y precisos, debió hacer una retrospectiva al pasado, a los años ‘40 para demostrar de qué modo la mimesis se desaloja de la “nueva novela” para dar lugar a la experimentación, a lo conceptual, o bien, a textos que resultan de mixturas que en sus mezclas guardan relación con el acontecer social y con la historia; de allí el cierre de este estudio crítico con novelas como *Río de las congojas*.

Un trabajo que registra y analiza, cauta, prolija, profunda, y adecuadamente las transformaciones devenidas de lo externo; un equilibrio en la sistematización del corpus reunido como en la teorización alcanzada para dirimir sobre estas vanguardias, sobre estas transformaciones que él denomina “pluriformas” o “plurigéneros”.

Una pulida escritura en esta ensayística de Bracamonte que conlleva en sí misma el placer de quien lee y puede interiorizarse, ampliando el saber sobre la riqueza que constituye el sistema literario argentino; un sistema complejo que confronta, que rechaza, que evoluciona en lo social tanto como en lo simbólico, mediante los diferentes procesos en el acontecer literario.